

Una trayectoria

El «revival» de don Vicente

DE un tiempo a esta parte, el nombre de Blasco Ibáñez vuelve a aparecer en los papeles literarios. Con don Vicente y su obra había ocurrido algo bastante curioso: mientras su fama logró una vasta difusión internacional y obtuvo traducciones y ventas como casi ningún otro escritor en lengua castellana, aquí, sus colegas prácticamente le negaban el pan y la sal, hasta el extremo de reducirle a breves menciones desdenosas en críticas y manuales de literatura. Quizá ni lo primero se explica por motivos de estricta valoración estética, ni tampoco lo segundo. Blasco no fue el novelista genial que los norteamericanos y su cine quisieron hacer creer al mundo, pero tampoco se merecía la reticencia o el desprecio que le dedicaron sus contemporáneos celtibéricos, gente del ramo. Para acabarlo de arreglar, las connotaciones políticas del personaje —más las del personaje que la de sus libros— se sumaron a la anécdota. Republicano estridente y anticlerical lúcido, aunque en el fondo un liberalote elemental y tirando a la derecha, consiguió odios y admiraciones que nada tenían que ver con su escritura. Parece que todo esto va perdiendo peso. Blasco ya es historia, por un lado y, a la vez, sigue interesando al público lector: a un determinado público lector, si más no.

En su día, pudo decirse que don Vicente sólo había ganado con su pluma más dinero que todos los demás literatos españoles juntos a partir del juglar del «Mio Cid». No me sorprendería que hubiese sido él mismo quien lanzase la especie. Blasco —es una conjetura mía— echó de menos el «succés d'estime», el elogio «selecto», a que se creía acreedor en el Ruedo Ibérico, y replicó con la fanfarronada económica. Que, bien mirado, no era tal. Porque, sin duda, los muchos millones de pesetas que sacó de sus novelas, de sus conferencias, de sus artículos, cubrían con creces los cálculos posibles acerca de los siete siglos de poetas y prosistas anteriores. Y, por supuesto, sus compañeros de oficio y de idioma le envidiaron. No olvidemos quiénes eran: la llamada «generación del 98». Fue mucho más tarde cuando los libros de Baroja, de Valle, de Azorín, de Unamuno, empezaron a tener clientes y no muchos: Blasco, mientras tanto, había saltado las fronteras, era manipulado por Hollywood, recibía ofertas de cobrar un dólar por palabra a cambio de una crónica deportiva, y vivía en la Costa Azul como un señor. La modesta fauna madrileña, ascética, por fuerza, pendiente de una semibohemia ácida y de unos periódicos avaros, no se lo perdonaban. Y me temo que no pienso mal: que no soy un malpensado.

Lo interesante del caso es que Blasco hizo todos los es-

fuerzos a su alcance para quedar a la altura de sus emulos locales. Ciertamente, lo mejor que escribió fueron tres o cuatro de sus «novelas regionales». Con ellas no se habría hecho rico, desde luego. La fortuna le vino con «Los cuatro jinetes del Apocalipsis», relato de propaganda aliadista, que los yanquis se encargaron de aprovechar. Pero de por medio iba la serie de novelas «españolas» o «sociales», y hay que mirarse de cerca «La bodega» o «La catedral», por ejemplo, para comprobar que Blasco no quiso quedarse a un lado en cuanto a la «problemática» que obsesionaba a los del 98. En su estilo ampuloso, con resabios de discurso demagógico, muy propio, que tenía las raíces en sus campañas políticas de juventud, don Vicente pasa revista a los dramas de la sociedad española con tanta o más agudeza que Unamuno, Azorín o Baroja. Sólo que lo hacía desde otro ángulo ideológico, y con una inocencia primaria y provinciana. Al fin y al cabo, su visión era la de un mesócrata alucinado. Los del 98 fueron unos «deciásés» obvios: Blasco, no; nunca dejó de ser el hijo de tendero que era. Procedía de un mundo de pequeños «botiguers» reaccionarios: quiso ser revolucionario, y nunca llegó a serlo.

En su etapa de político militante —luego fue un mito político—, en Valencia y las comarcas próximas, se distinguió por su retórica victorhuguesa, y de ahí no pasó. Tenía miedo de una clase obrera que comenzaba a articularse como «clase», y aspiró a controlarla: de hecho, jugó, en su terreno, un papel semejante al de don Alejandro Lerroux en Barcelona. Pero tampoco hacía trampa. Aunque Lerroux cobrase de Moret, no por eso dejaba de ser Lerroux, el «emperador del Paralelo». Observo en los historiadores catalanes de izquierda ese error: el de continuar creyendo que don Alacandru sólo fue una marioneta españolista. Fue eso, y fue algo más. Como Blasco en Valencia. Ambos levantaron la taimada bandera «republicana» que, objetivamente, en aquellos momentos, era un emblema de liberación, tan ilusorio como se quiera, pero razonable. Lerroux y Blasco fueron unos individuos embebidos del énfasis de la Revolución Francesa. No de la Comuna, si vale el contraste. Querían cambiar «lo existente», pero no demasiado. Y a la larga se descubrieron conservadores: Blasco, ya durante la Dictadura de Primo, cuando proyectó lo que sería la II República española a su juicio; Lerroux, siendo el eje del «bienio negro». No todo fueron palabras vacuas: atacaban a un enemigo claro. Sólo que ellos, Lerroux, Blasco, sin saberlo o sabiéndolo, se situaban al lado de ese presunto enemigo.

En este reciente recobramiento de Blasco figura la reedición de los folletines anticlericales que don Vicente confeccionó en los principios de su carrera. «La araña negra», repudiada por su autor, es suya. ¡Y tanto! Cuando escribió «La araña negra» —un atroz panfleto contra la Compañía de Jesús— todavía no había leído a Zola; probablemente, sólo a su paisano Ayguales de Izco y al modelo francés Eugène Sue: «El judío errante», «Maria, la hija de un jornalero». Es un origen que no tuvieron Baroja, Unamuno o Azorín, ni Valle-Inclán. Y no afirmo que estos individuos, a la corta y a la larga, fuesen más izquierdosos que Blasco: bastante menos. Me limito a señalar unas fuentes «literarias». Blasco nunca dejó de ser un folletínista, incluso cuando aprendió la lección de Zola, y luego, cuando la olvidó. El clan del 98, impermeable al «naturalismo», hostil a Galdós —«don Benito el garbancero»—, indigenista a machamartillo, era incapaz de serlo. Toda novela es un folletín, dicho sea con la exageración debida. Lo es «Guerra y paz», lo es todo Balzac, lo es Joyce; lo es «Cien años de soledad». Los hombres de la «generación del 98» quisieron ser otra cosa. Baroja, por lo menos, no lo consiguió. Baroja es puro folletín. A diferencia de Blasco, Baroja fue laconico. Y dicho sea de paso, el castellano de Baroja es tan ignominioso como el de Blasco.

Queda por rescatar el Blasco articulista. Desde el diario «El Pueblo» de su propiedad —más o menos—, don Vicente opinó sobre todo lo divino y lo humano: con gracejo a veces, con una tremenda estolidez otras. Ya se han exhumado algunos de estos textos. Eso data de los años a caballo del tránsito del siglo. Un día, Blasco decidió abandonar la política municipal, con sus lios en los rosarios de la Aurora, sus troteos con los carlistas, con los militares, con los republicanos de Rodrigo Soriano. Se dedicó desde entonces a tramar argumentos venales, sin más razón que el serlo. Son novelas sobre los Conquistadores, sobre los Borja, sobre toreros, sobre la Primera Guerra Mundial, sobre la fauna cosmopolita de Montecarlo o de donde fuere... Le dieron dinero. Y se hizo más conservador todavía. De haber sobrevivido a Primo y alcanzado el 14 de abril, seguramente habría sido ministro con Lerroux y Gil Robles. La «trayectoria» desde el federalismo juvenil, al amparo de Pi y Margall, a ese final presumible sería apasionante de seguir. Para sacar consecuencias. Novelas a parte.

Joan FUSTER

CARTAS DE LOS LECTORES

LA DILIGENCIA DEL INSTITUTO NACIONAL DE PREVISION

Señor Director:

Hace seis meses largos quedé viuda, con una hija menor. Tengo 55 años.

Me lié con todo el inacabable papeleo que me exigieron hasta quedar todo conforme.

Como digo anteriormente, hace exactamente 186 días de la muerte de mi marido. He tenido que pagar alquiler, comida, gas, agua, luz, teléfono, vestir más o menos, etcétera, y aún no he percibido ni un duro del Montepío. ¿Es esto normal?

Con tantos empleados del Estado que hay, necesitan tanto tiempo para poner en marcha una cosa tan insignificante que casi tendría que ser automática.

Mi felicitación a la Agrupación del Comercio y la Industria que en veinte días me resolvieron lo que a ellos les correspondía.

Agradeciendo su publicación le saluda atentamente.

M. M.

ELECCIONES

Señor Director:

No tengo esperanza que nadie conteste a mi carta, cosa que lamentaré sinceramente, pero la escribo por si hay suerte y alguna persona responsable me lo aclara, haciendo constar que no lo he hecho antes para no crear mal ambiente.

Somos una empresa de 40 trabajadores y ya van tres jornadas electorales que nos citan para intervenir en mesas a tres productores —dos receptores y un jefe de personal—, dejándonos en cuadro prácticamente el despacho. En la penúltima jornada apelamos a la Junta Electoral de Zona y nos dijeron que no había nada que hacer, ya que los tres iban a mesas distintas.

Mi pregunta es, si las elecciones nos cogen casi un 10 por ciento del personal, más las horas que pagamos al resto, resulta un perjuicio económico considerable: ¿a quién debemos dirigirnos la próxima vez para que esto no suceda? ¿Qué partido nos compensa de los perjuicios causados? ¿Hay muchas empresas como nosotros que «participen» tan graciosamente en las elecciones? ¿Es justo?

Por Sobiano, S. A.
M. R. LLONCH

SALVAR EL OBSERVATORIO DEL TURO DE L'HOME

Señor Director:

Los que escribimos esta carta fuimos el pasado día 25 de marzo al Montseny, y la clásica vigilia es subir al punto más alto: «El Turó de l'Home».

Desde allí se ve un panorama inolvidable: Les Agudes, el Matagalls, valles con ricos bosques... ¡algo grandioso!

Lo que es realmente lamentable es el Observatorio Meteorológico que existe en la cima. Es inadmisiblemente tener a un hombre con su familia viviendo allí arriba —un hombre que está cumpliendo un respetable trabajo de meteorólogo—, en unas condiciones inadecuadas, a las que tiene que soportar cuando la naturaleza se desencadena. El observatorio, que le sirve de casa, tiene un aspecto deplorable: cuando llueve, les entra agua en la vivienda; el garaje donde guarda el vehículo que le sirve para desplazarse, tiene las puertas destruidas y tiradas por el suelo, cristales rotos, algunas ventanas no pueden cerrarse, y los aparatos para el estudio del tiempo se hallan también

destrozados, etcétera, en fin: que sólo pueda tomar la temperatura, y pocas cosas más.

Nosotros pedimos al organismo responsable un poco más de seriedad y humanidad hacia esta familia que vive en el observatorio del «Turó de l'Home», que ha de soportar tormentas, viento, nieve, lluvia y frío. Solicitamos que acondicionen el citado observatorio y hagan más agradable el trabajo a esa sacrificada familia de un meteorólogo que cumple con su deber y a la vez nos beneficia a todos.

Jaime AGUILERA VILADOMS
y Carlos JOSEPH RODRIGUEZ

DRAMA EN UNA ESCUELA

Sr. Director:

Con enorme tristeza, acabo de leer en su periódico la noticia de que en una escuela de Luxemburgo, una niña de seis años murió como consecuencia de los golpes y malos tratos que recibía de sus salvajes compañeras, sin que, por lo visto, el profesorado hubiera intervenido nunca, pues de lo contrario, es seguro que esa monstruosidad no se hubiera producido.

Desde estas líneas, deseo pedir al personal que se dedica a la enseñanza, vigilen la actitud de los alumnos respecto a sus condiscípulos, pues en alguna ocasión he observado no lo tienen muy en cuenta, pasando por alto el que se golpeen o maltraten entre sí. No todo han de ser asignaturas exactas, sino que también la humanidad cuenta, y mucho, por cierto.

Carmen FONTDEVILA

PSICOSIS DE PANICO

Señor Director:

El pasado día 29 de marzo, a las cinco de la tarde y en la confluencia de Ramba de Cataluña y calle Diputación, fui víctima de un atraco. Me encontraba en el interior de una cabina telefónica cuando sin darme tiempo a nada me vi amenazado por dos individuos con navajas y un tercero que se quedó fuera vigilando, naturalmente me despojaron de todo cuanto de valor llevaba.

Antes de proseguir debo manifestar mi agradecimiento a esos individuos por tener la gentileza de no «pincharme», como hacen en otros casos.

Lógicamente mis primeras reacciones fueron de sorpresa e indignación, ahora, con el paso de los días y recapacitando sobre el tema, veo que mi caso no deja de ser uno más en la larga lista de hechos delictivos que se están produciendo a diario en nuestra ciudad. Ha llegado el momento en que pocas personas no han sufrido en su ámbito familiar o de amistades una experiencia de este tipo.

Desgraciadamente pienso que todos los ciudadanos que confiamos en la ley y respetamos los derechos de los demás somos precisamente los débiles. Nuestra actuación ante los atracos, violaciones, asaltos a domicilios, etcétera, sólo puede basarse en la denuncia de tales hechos y después ¿qué más podemos esperar? A tenor del gran incremento que está experimentando la delincuencia creo que tanto la acción policial como la judicial se manifiesta impotente para atajar lo que parece una veloz carrera hacia una «ciudad sin ley».

Sólo pido a quien corresponda, que hagan de esta Barcelona, una ciudad donde podamos vivir en paz, sin tener que pensar que en cualquier momento nos pueden estar desvalijando el piso, donde podamos pasear a la luz del día sin temor

a ser asaltados, y, para acabar, donde no tengamos que estar viviendo esta verdadera psicosis de pánico.

UN CIUDADANO

GRATITUD A VARIOS DONANTES DE SANGRE

Señor Director:

A primeras horas de la madrugada del pasado 22 de marzo a nuestra madre se la sometió a una segunda intervención quirúrgica en el Centro Médico Deifos. En la primera intervención y postoperación se agotaban las reservas de sangre de un grupo de difícil localización donada gentilmente por familiares, amigos y el mismo centro. Ante tan desesperada situación, el mencionado centro, agotando los recursos normales, recurrió a los medios de difusión. Transcurrido una media hora, se presentaron personas de distintos lugares, incluso algunas en taxi, desde localidades de los alrededores de Barcelona, otros acompañados por policía municipal, etc. Gracias a su donación la intervención siguió su curso normal y hoy nuestra madre se está reponiendo favorablemente y todos los auspicios son de restablecimiento total.

Desde este periódico quisiera agradecer su humanitaria ayuda a todos aquellos que colaboraron, especialmente al equipo del Centro Médico, medios de difusión, donantes de sangre, amigos y familiares.

Familia CONANGLA-ROSELLO

LA CORPORACION METROPOLITANA Y LOS TAXISTAS

Señor Director:

Me dirijo a usted porque no tengo otro medio de expresar mi indignación y preocupación hacia la Corporación Metropolitana, para quien los recursos, las impugnaciones y las reclamaciones no cuentan si son hechas desde una posición moderada y exenta de apasionamiento, siendo, sin embargo, gustosamente aceptadas si se formulan por posturas fundamentalmente marxistas y anarquistas, porque parece ser que quienes dirigen el citado organismo o comparten tal ideología o tienen miedo.

Parece que la citada corporación espera la revolución de los taxistas moderados, porque de otra forma no estaría incitándonos constantemente a una verdadera rebelión. Su último número de circo lo acaba de realizar la semana pasada: obligación estricta, según se desprende de lo transcrito en ese periódico, de hacer recibo por cada viaje efectuado.

Dicho recibo contiene unos 10 apartados, que rellenarlos comporta unos 10 minutos, lo que al día supone unos 500 minutos u 8 horas, que al precio de nuestra tarifa urbana, equivale a 3.840 pesetas, a las que la corporación no menciona si las pagará ella o el cliente, porque lo que si puedo asegurar es que los taxistas no tenemos tal intención.

Creo sinceramente que sus dirigentes no conocen que existen normas jurídicas, en las cuales no se reconoce esa expresa obligación, por lo que en adelante seguiremos el sistema anterior de recibos, a no ser que alguien nos pague el trabajo administrativo que tenemos que realizar con dichos recibos.

Por último, querría añadir que ésta, es una pequeña muestra de la arbitrariedad con que actúa dicha corporación, que no reconoce más norma que la dimanante de su propia voluntad.

UN INDUSTRIAL TAXISTA

La calle y su mundo

De Crevillente

Puede que llueva estos días.
(Los meteorólogos.)

La Semana Santa española, sobre todo la levantina y andaluza, tiene dos enemigos, uno el mal tiempo y otro el cambio de horario. Si llueve, los cortejos religiosos quedan inéditos, ante el malhumor y disgusto de los turistas. Que caigan aguaceros suele suceder en las jornadas abrilanas, y con relativa frecuencia la más famosa de las semanas pascales, la de Sevilla, se malogra en un fracaso de multitudes. Tocante al adelanto de los relojes, éste retrasa, a la espera de la noche, la salida de sus templos de las procesiones. Hace sólo un año, me detuve en Crevillente, con el propósito de presenciar la ronda de «pasos», y hué de largarme, pues la noche tardaba en echarse encima. No fui, naturalmente, el único desertor, pues conmigo abandonaron el pueblo muchas personas.

Crevillente es una población de encendido fervor por la Pasión del Señor, hasta el punto de que habiéndose quedado sin imágenes en las aciagas jornadas revolucionarias de 1936, repuso en seguida los «pasos» destruidos. Desfilan por las calles crevillentinas nada menos que veinticinco esculturas. La mayoría de sus cofradías son centenarias y sus componentes caminan en silencio, encapuchados y tunicados. Menguados coros entonan cánticos a la zaga de las figuras y marchan, lentos y graves, peltones de soldados romanos. El tránsito de los cortejos por las callejas albas y estrechas, y entre las palmeras, unas enhiestas y otras asomando tras enclaustrados muros, parece que discurre por paisajes y escenarios de Palestina. Los vecinos

y miles y miles de forasteros se agoipan para presenciar esta manifestación del postrer barroco. Se trata más bien de unas comitivas, sin aparato, populares y espontáneas, poco teatrales, reñidas con los conceptos de la grandilocuencia meridional. Crevillente, reviene un reflejo del contrarreformismo de Murcia, el un tanto blando y alegre como la huerta y los palmerales.

Las figuras de la Pasión de Crevillente son modernas. El escultor favorecido en el reparto de imágenes fue don Mariano Benlliure, al que sorprendieron ya octogenario tan importantes encargos. Benlliure talló ocho «pasos» y eso que nunca se había distinguido como imaginero, ni parece que tuviera para ello mayores aptitudes; Antonio Riudavest se hizo cargo de seis; Carmelo Vicente tomó dos para sí y Capa nos dejó una magnífica Soledad. A no deambulando por las calles de la población le ha chocado mucho toparse con un «paso», apostado en una esquina, mientras los encargados de portearlo están merendando o de visita. Pienso que buena parte del misterio de los cortejos se ha perdido, porque algunas ruas del recorrido han sido convertidas en amplias calles y avenidas. Sorprende un poco atisbar las imágenes de Benlliure en desfile procesional y a la vez poderemos acercarnos al Museo y contemplar los bocetos y yesos de innumerables obras escultóricas de don Mariano repartidas por ciudades del ruedo ibérico e incluso del ruedo hispanoamericano. Crevillente es un pueblo benlliurista, cosa realmente curiosa y agradable. — ERO.



DIMPLE Y HAIG: ESCOCESSES DE ARRIBA A ABAJO
*JOHN HAIG & CO. LTD.: LOS MAS ANTIGUOS DESTILADORES DE WHISKY (ESCOCIA 1627)